

# *Escritura, filosofía y formación docente: relato de una experiencia*

*Prof. Mg. Juan Pablo Sabino*

---

El punto de partida o mejor dicho lo que se ha presentado como punto de partida de la presente ponencia es una experiencia de enseñanza en la formación de profesores de filosofía para el nivel medio. Dicha propuesta de producción escrita tiene el propósito de provocar un corrimiento en la posición del estudiante respecto a la forma de asimilar un conocimiento. Desasirse de la cómoda posición receptiva ante el saber (lógica reproductiva) para dejarse atravesar por la necesidad de construir (o dejarse construir en) una posición productiva. En términos específicos, el hacer principal de su tarea como estudiante va implicando la elaboración de marcos teóricos y la producción de conocimientos donde se van entretejiendo los contenidos ofrecidos por el espacio curricular y las trayectorias formativas singulares que los atravesaron.

Tratando de recuperar en pocas palabras el marco referencial que se le ofrece a los estudiantes como topos desde el cual iniciar el viaje (una hoja en blanco), se les propone elegir un libro de la filosofía contemporánea como tópico generativo de conocimiento. Éste es un momento crucial de la experiencia donde el estudiante debe dejarse atravesar por las inquietudes que fue agenciando en su trayectoria formativa, sus intereses personales, sus proyecciones, etc. El primer punto de llegada constituye una aproximación inicial a temáticas y/o autores que fue asociando y recuperando en dicho proceso de lectura que a su vez está acompañado por la cursada específica del espacio curricular donde se ponen en juego dichas experiencias de lectura y de escritura. A partir de un ante-proyecto se comienza la tarea más específica de producción de un marco teórico que permita profundizar, ampliar y focalizar la temática elegida para luego concretar una producción escrita donde se materialice de una manera personal la producción de conocimientos que fue logrando cada estudiante.

Al momento de armar la propuesta concreta de trabajo, focalizándome desde una perspectiva pedagógico-didáctica, se me presentaban tres ideas principales como fundamentos. Éstas empezaron operando como posiciones que fueron siendo interrogadas en mi propia práctica docente. En primer lugar la necesidad-convencimiento de promover en el hacer-docente una actitud acertiva ante la investigación. No son pocos los casos en nuestro sistema educativo en que parecieran estar escindidas la tarea del docente y del investigador, incluso clausurando la posibilidad de articulaciones que permitan un entretejido posible entre ambas. La segunda idea que motorizó la construcción de esta práctica de enseñanza surgió a partir de la necesidad de plasmar en un dispositivo de trabajo pedagógico las reflexiones freireanas sobre la relación entre la teoría y

la práctica, y la necesidad de construir propuestas pedagógicas que posicionen al docente como facilitador en la producción de conocimientos que realiza el estudiante. Esto se conecta directamente con el tercer fundamento basado en las reflexiones de Rancière sobre la emancipación del intelecto desarrollado principalmente en *El maestro ignorante* y el replanteo de la idea de participación que nos habilita en *El espectador emancipado*. Este conjunto de reflexiones y lecturas permitieron repensar la construcción de la práctica de enseñanza desde un *topos* que habilite una práctica de aprendizaje donde el estudiante se sienta incomodado en su posición reproductiva de conocimientos y necesariamente deba posicionarse en un *topos generador* de conocimientos, teniendo que dar cuenta y fundamento de las elecciones y decisiones que tenga que ir haciendo en la búsqueda, en la selección, en la focalización y en la producción escrita de dicha construcción.

Al mirar una vez más el título que (me) había elegido para nombrar este relato se presentó ante mí la evidencia de ciertas reflexiones, ciertas investigaciones, ciertas lecturas, que estuvieron presentes sin poder advertirlo hasta el acto (per)formativo de la presente escritura. Toda experiencia implica un hacer. Un hacer experiencia que es siempre un hacer subjetividad. La idea de experiencia ha tenido una importante tradición en las lecturas filosóficas. Georges Bataille en su libro *La experiencia interior*<sup>1</sup> llama experiencia a un viaje hasta el límite de lo posible para el hombre: Luego, afirma en conversación con un otro-amigo (Maurice Blanchot) que la experiencia misma es la autoridad, una autoridad que se expía. Esta respuesta, confiesa Bataille, lo apaciguó y lo dejó apenas con un residuo de angustia, al modo de la cicatriz de una herida que tarda en cerrarse.

Jorge Larrosa comentando en una entrevista su libro sobre *La experiencia de la lectura*<sup>2</sup>, propone que para comprender dicha categoría nos remontemos a los tiempos anteriores a la ciencia moderna y a la sociedad mercantil. Allí sostiene que durante siglos el saber humano fue entendido un aprendizaje en y por el padecer, en y por aquello que a uno le pasa. Ese es el saber de la experiencia. Dicho saber se adquiere en el modo en que uno va respondiendo a lo que le va pasando a lo largo de la vida y que va conformando lo que uno es. “*Ex-per-ientia* significa salir hacia afuera y pasar a través”<sup>3</sup>. En alemán experiencia (*Erfahrung*) tiene la misma raíz que viajar (*Fahren*). Pareciera ser que la misma noción de experiencia guarda el secreto del viaje, del atravesar, del tránsito. De hecho, todo saber que proviene de la experiencia ¿no se halla acaso signado por la finitud, la singularidad, lo subjetivo, lo relativo, lo personal y encarnado? En este sentido, podemos afirmar que el saber que proviene de una experiencia<sup>4</sup> sólo tiene sentido en el modo en que constituye subjetividad, una forma singular de lo humano en el ahí, un modo y un estilo de ser en el ahí con otros. Hacer modo-estilo es hacer subjetividad, el atravesar sentidos en la experiencia deja de ser una acumulación de saber-capital donde el yo es un recipiente propio de constitución

---

<sup>1</sup> Bataille, Georges, *La experiencia interior*, trad. Fernando Savater, Madrid, Taurus Ediciones, 1973, pp. 17-19.

<sup>2</sup> Cfr.: Larrosa Jorge, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Barcelona, Laertes, 1996, pp. 23-24.

<sup>3</sup> Ibidem, p. 23.

<sup>4</sup> ¿Hay, acaso, algún saber que no provenga de la experiencia?

subjetiva y pasa a ser hacer subjetividad encarnada donde se van moldeando estilos y modos que en el acontecer y transcurrir de las experiencias deviene ese otro que estoy si(gui)endo cada vez<sup>5</sup>.

Ahora bien, poniendo lo dicho en perspectiva con la cuestión de la lectura y de la escritura en el campo de la formación, se (me) presenta la pregunta ¿quién narra? Este interrogante, a su vez, impone la reflexión sobre una categoría muy presente como ausente en el campo de las prácticas educativas: el cuerpo. Es sabido que la racionalización del mundo operada en la modernidad implicó un profundo proceso de objetivación del mismo. Toda cosa objetivada, entre ellas el cuerpo, es reducida a un concepto a partir del cual se experimenta la sensación de unidad; pero ésta sólo es una apariencia, un efecto del lenguaje. Los procesos de simbolización implican un complejo entretejido de codificaciones cifradas de determinados impulsos, afectos y fuerzas históricas y socio culturales en que se cristalizan formas y unidades de sentido que se vuelven elementales en la transmisión de una cultura. El lenguaje no es algo *a priori* sino que es un esquema simbólico que surge de la reducción de la pluralidad a la unidad. En él se tejen los juicios de valor, las estimaciones sobre el mundo, la lectura sobre la vida, las concepciones sobre los individuos y las comunidades, las actitudes y las comprensiones desde las cuales todo existente humano realizará su proceso de subjetivación y de socialización.

En el pensamiento de Nietzsche encontramos la afirmación de que el cuerpo es el que interpreta. El cuerpo interpreta mundo desde el conjunto de impresiones que nos aparecen como inmediatas pero que han sido aprendidas, transmitidas, legitimadas, prohibidas, en una cadena de interpretaciones pasadas que llegan a nosotros como naturalizaciones, modos de habitar el mundo, de comprender y de logicizar la realidad de toda existencia. El cuerpo además de interpretar, está interpretado. La cultura es naturalmente interpretada como un poder de producción de formas y de interpretaciones. Dicho poder se ejerce con un continuo evaluar, incorporar y fundir con el cuerpo propio sus interpretaciones, estimaciones y juicios de valor. Estas interpretaciones, estimaciones y juicios se encarnan en el cuerpo propio como un *pathos* natural y *a priori*. Según Nietzsche todo impulso es transformable, en ello consiste la autosuperación. Las manifestaciones culturales pueden ser descifradas fisiológicamente como una determinada configuración de instintos y de afectos que producen determinados mundos simbólicos, efectos de la acción interpretativa y valorativa. Nietzsche entendía que en nuestras religiones y filosofías podíamos visualizar los síntomas de nuestro estado corporal<sup>6</sup>. A través de la figura del espíritu libre Nietzsche desata y rompe todas las cadenas y ataduras del cuerpo sujetado de occidente en su propio cuerpo. Una vez rotas dichas cadenas, el cuerpo desujetado se anima a arriesgar y a probar, a experimentar, a inventar y a ficcionar, otros modos de ser en el mundo. Hace y deshace, tantea y observa, el telar que es el tejido-texto del mundo y mira los hilos desordenados y los nudos que unen y atan, las huellas de las sucias manos que tejieron historias en nombre de grandes ideales. Lo «humano,

---

<sup>5</sup> Aquí se establece un juego entre las ideas derrideanas de: “El animal que luego estoy si(gui)endo”, “El otro es secreto porque es otro” y “Cada vez única, el fin del mundo”.

<sup>6</sup> Cfr.: Nietzsche, N., *Fragmentos Póstumos Volumen III (1882-1885)*, trad. Diego Sánchez Meca y Jesús Conill, Madrid, Técnos, 2010, Primavera de 1884 25 (407), p. 523.

demasiado humano» se ve del otro lado de lo sublime, se patentiza cómo se ordenan desordenados hilos para generar una historia de sentido, y cómo luego se olvida el proceso de la trama, el productor humano de la misma, y se adjudica el tejido a una potencia trasmundana. El cuerpo-texto olvida que él se ha escrito, y entonces surge la voz divina que sustenta esa escritura humana, demasiado humana, devenida voz de Dios<sup>7</sup> o de algún a priori racional o de alguna naturaleza innata o vaya a saber de qué otra marioneta de sentido de la cual hemos necesitado aferrar el sin-sentido al olvido. Nietzsche se ha entendido también a sí mismo como un cuerpo enfermo que necesitaba de una “desintoxicación”, de un proceso por el cual desprenderse de todo aquello que lo negaba como tal.

En *La escritura y la diferencia* se pregunta Derrida<sup>8</sup> ¿Dónde está el camino? El camino es aquello que siempre hemos de encontrar. Una hoja en blanco está llena de caminos transitados y por transitar. El escritor debe retirarse, hacerse ausente. “Escribir es retirarse”. Para escribir hay que retirarse de la escritura misma, hay que abandonar la palabra, desasirse del propio lenguaje y caminar solo y despojado, para dejar hablar a la palabra, dejarla hablar completamente sola.

Pensar con y desde Nietzsche, nos obliga a abandonar la idea de que quien escribe es un sujeto soberano que domina y controla sus propias vivencias. Nos constituimos y devenimos ese ser que luego estamos si(gui)endo cada vez en una continua (des)apropiación de sí en el acto de escritura. El *Ich* se contituye provisoriamente desde la im-propiedad de constituirse con los otros. La escritura pide una hoja en blanco, exige la desapropiación de sí para dejar un «lugar vacío», un desierto que pueda ser poblado por las voces, las fuerzas, los impulsos y las afecciones de los otros. La gran salud que nos anuncia Zarathustra implica que la copa *quiera* vaciarse de nuevo, cada vez, *eternamente*<sup>9</sup>. La constitución del sí mismo desde la perspectiva nietzscheana sólo es posible en el modo de la des-identificación y des-apropiación de sí. Por ello es lícito afirmar sin contradicciones “que somos, y no somos, al mismo tiempo, nuestros escritos”<sup>10</sup>.

Tanto la escritura como la lectura son ejercicios de la memoria y del olvido. El ejercicio de la escritura a lo largo de toda la obra nietzscheana permite la aproximación a otro modo del *Selbst* en el que se hace visible este entrecruzamiento. Escribir y leer implican modos de constitución del yo en un continuo diferimiento de una supuesta intencionalidad de la figura del autor, como a un tiempo de su presencia. En la escritura está presente la marca de la ausencia tanto del habla como del lector, que recién se presentará en la lectura. A su vez, permanecerán ausentes las intenciones de un supuesto autor y del lector en el aquí y ahora de la experiencia de la lectura. La escritura y la lectura son modos de la desaparición del sí y del olvido, como también, de la apropiación del sí mismo mediante la continua desapropiación. El yo deviene provisoriamente lo que es cada vez en el acto de escritura, en él vive y hace ex-periencia s-u-b-j-e-t-i-v-i-d-a-d atravesando los caminos de

---

<sup>7</sup> Cfr.: Ibidem, p. 46.

<sup>8</sup> Cfr.: Derrida, J., *La escritura y la diferencia*, ed.cit., p. 95 y ss.

<sup>9</sup> Cfr.: Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, ed.cit., Prólogo, §1, p. 34.

<sup>10</sup> Cragnolini, M., *Moradas Nietzscheanas. Del sí mismo, del otro y del “entre”*, ed.cit., p. 49.

una hoja en blanco, las posibilidades del vivir-experimentar-vivenciar-ser. La escritura es una experiencia de vida donde se pone en juego tanto el ejercicio de la memoria como el del olvido en el cual es posible percibir lo que acontece, lo que constituye y lo que se apropia desapropiando, lo que se *produce* en el *entre*. Afirma M. B. Cragolini: “El Nietzsche del «una cosa soy yo y otra son mis escritos» lo indica en parte, mediante un provocador e insistente ejercicio del nombre propio y de la evocación recordante de su pasado, por los cuales construye (se construye en) una obra en la que el olvido (de sí) lo transforma en memoria de los otros (nos-otros)”<sup>11</sup>.

La subjetividad docente es algo demasiado complejo como para considerar que uno la configura en su vida una vez y para siempre, como una huella imborrable y perenne. La dimensión temporal en el hacer de la propia subjetividad docente pone de manifiesto el movimiento como una característica que le es propia y nos hace salir siempre más allá del *sí mismo*, manteniendo actualmente abierta la interrogación por el docente que somos. La búsqueda de respuestas a dichos interrogantes aparece bajo la forma de una narración, ya sea en la lectura, ya sea en la escritura. Nos hacemos, nos deshacemos, nos rehacemos y nos *entrehacemos* continuamente en experiencias narrativas, en experiencias atravesadas de interpretaciones. La subjetividad docente se hace en el *entre* de las interpretaciones que se dan en el seno mismo de tramas culturales. Es un conjunto de palabras compuestas, descompuestas y recompuestas. En este sentido, la subjetividad docente también es producto de luchas por el reconocimiento y la significación. Como tal siempre está atada a las disputas discursivas por las hegemonías y a los avatares sociales que en estas conflictividades se manifiestan. Por ello, debemos estar a la altura de las palabras que decimos y que nos dicen. Con palabras de J. Larrosa<sup>12</sup>, debemos hacer continuamente que esas palabras desgarren y hagan estallar las palabras preexistentes *en* nos-otros. Sólo el combate de las palabras aún no dichas contra las palabras ya dichas permite la ruptura del horizonte dado, permite que el sujeto sea inventado de otro modo, que la subjetividad docente sea otra, que la comunidad docente sea otra. La fidelidad a la propia subjetividad (o a la propia comunidad), no pasa por ser fiel a ciertos rasgos-en-mí (en el modo de la permanencia) que creemos propios y fundantes de nuestro ser docente. La fidelidad es a la infidelidad, como diría Derrida<sup>13</sup>. La palabra que se narra debe ser encontrada para ser olvidada. Este es el punto clave de la fidelidad a la infidelidad. Parafraseando a Larrosa, la fidelidad a las palabras es la fidelidad a eso que arranca al *Ich* del *Selbst*, a eso que permite establecer una nueva relación entre el *Ich* como *Selbst* y al *Ich* como *otro*<sup>14</sup>. Ser fiel a las palabras es mantener la contradicción, dejar llegar lo imprevisto y lo extraño, o lo que viene de afuera, lo que desestabiliza y pone en cuestión el sentido establecido de lo que es. Ser fiel a las palabras es no dejar que las palabras se solidifiquen y nos solidifiquen, es mantener abierto el espacio líquido de la

---

<sup>11</sup> Cfr.: Ibidem, p. 41.

<sup>12</sup> Cfr.: Larrosa, J., *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*, Buenos Aires, Novedades Educativas, 2000, p. 42.

<sup>13</sup> Aquí parafraseo un comentario de Derrida cuando en el “Adiós a Emmanuel Levinas” hace referencia a la relación de fidelidad del filósofo judío con la ontología, se puede consultar en: Derrida, J., Sobre la hospitalidad, en: Entrevista en Staccato, programa televisivo de France Culturel producido por Antoine Spire, del 19 de diciembre de 1997, traducción de Cristina de Peretti y Francisco Vidarte en: Derrida, J., *¡Palabra!*, Edición digital de [www.jacquesderrida.com.ar/](http://www.jacquesderrida.com.ar/).

<sup>14</sup> Los términos *Selbst* e *Ich* fueron trabajados y explicados en la parte 1, punto 2.1.

metamorfosis. Ser fiel a las palabras es reaprender continuamente a leer y a escribir, a escuchar y a hablar. De ese modo, podremos escapar a la captura social de la subjetividad docente que nos obliga a leer-*nos* y a escribir-*nos* de un modo pre-establecido y fijo. Nuestro hacer consiste en deshacer-*nos*, nuestro decir en desdecir-*nos*. Hacer implica ese gesto des-apropiador de borrar lo que acaba de ser dicho para que la página siga estando en blanco<sup>15</sup>.

«- ¿Hacia dónde cabalga señor?

- No lo sé –respondí–. Sólo quiero irme de aquí, solamente irme de aquí.

Partir de siempre, para salir de aquí, sólo así puedo alcanzar mi meta.

- ¿Conoces pues tu meta? – preguntó él.

- Sí –contesté yo – lo he dicho ya. Salir de aquí: esa es mi meta»

“La partida”, Franz Kafka

Tentando una mirada filosófica, quizá pensar la formación docente nos permita pensar los modos de hacer subjetividad que están (su)puestos en las prácticas que están produciendo efecto en los cuerpos que las transitan. Tal vez, pensar la escritura implique pensar no sólo las lecturas sino, también, los modos ofrecidos, legitimados, habilitados de lectura que a su vez ofrecen, legitiman y habilitan modos de escritura, de cuerpos escriturales que hacen subjetividad en los cuerpos estudiantiles.

---

<sup>15</sup> Cfr.: Larrosa, J., Pedagogía profana, Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación, ed.cit., pp. 42-43.